

GARCIA NEUMANN, Jaime, *Neoconservadores y choque de civilizaciones: hechos y raíces doctrinales*, Comares, 2008, 369 pp.

El libro consiste en un amplio análisis sobre el neoconservadurismo, y se divide en dos partes: la primera, dedicada a los hechos históricos y las decisiones políticas, y la segunda, que trata las bases doctrinales y la filosofía política en que este movimiento se sustenta.

PARTE PRIMERA: LOS HECHOS

Primeramente, el autor nos sitúa en el contexto en el que nació el neoconservadurismo. Nos hallamos ante una situación de globalización económica y cambio geopolítico y militar tras la Guerra Fría. En la posguerra fría empezó una presión para crear una hegemonía militar, además de económica. En este contexto destacan dos autores: Fukuyama y Huntington.

El primero sigue la idea del «fin de la historia» de Hegel, según la cual ésta culminaría en el siglo xx con el modelo estadounidense de democracia y economía de mercado, como encarnación suprema de realización humana y fin de la historia. Ante la alternativa «guerra permanente o paz perpetua», este autor se inclina por la segunda. Fukuyama se encuentra en la actualidad distanciado del neoconservadurismo, pero dice que deberían salvarse sus propósitos (maquillarlo, para que sobreviva con nueva fuerza).

Por su parte, Huntington parte de lo contrario que Fukuyama. Según él, estamos más cerca del caos que de la paz perpetua (Choque de Civilizaciones), así que se hace necesaria una redefinición estratégica después del final de la Guerra Fría, aparece la necesidad de identificar al enemigo. Huntington propone esta división: por un lado el Occidente cristiano, y por otro los musulmanes y ortodoxos. Los peligros actuales serían: el avance de China (enemigo potencial) y del Islam (enemigo inmediato). Huntington proporciona en general la justificación histórica y sociológica que los neoconservadores requerían después de la Guerra Fría para promover su política de hegemonía global en base a la fuerza militar, comenzando por Medio Oriente.

Fukuyama mantiene su tesis, pero se suma a los que consideran que el gran obstáculo actual es la cultura del Islam. Es decir, sí hay choque de civilizaciones, pero la superioridad de Occidente se impondrá. Para Fukuyama, primero, hay que ganar la guerra de civilizaciones; luego, imponer la hegemonía estadounidense como «fin de la historia».

En opinión del autor, resulta imprescindible en este análisis una mención al PNAC, fundado en 1997. Los principios que sigue este grupo son: consolidar la hegemonía de EE.UU., impedir el surgimiento de potencias rivales y ejecutar acciones preventivas contra las amenazas. El 11-S sirvió de catalizador para poner en marcha estos principios.

Los personajes más importantes del PNAC están directa o indirectamente relacionados con el mundo de la política y los negocios, y están conectados por lazos familiares, así como académicos, perteneciendo en su mayoría a la escuela de Leo Strauss, del que se habla más ampliamente en la segunda parte del libro.

Los neoconservadores cuentan con importantes medios institucionales, de comunicación y propaganda, que les permiten amplificar su influencia

política en el gobierno y en la opinión pública (el más importante de ellos es el PNAC).

También se observa el manejo de los movimientos evangelistas y fundamentalistas por parte de políticos neoconservadores y el financiamiento del «lobby» israelí. Aunque hay neoconservadores del PNAC de declarada procedencia católica, se declaran en desacuerdo con el Vaticano en cuanto a la guerra preventiva.

Los antecedentes del PNAC se encuentran en los «Comités del Peligro Presente». El primero de ellos fue fundado en 1950 para apoyar la Guerra Fría. A finales de los años sesenta, las consecuencias indeseables del malestar juvenil, el cambio cultural inducido y las nuevas formas contraculturales que irrumpían en los Estados Unidos, llevaron a algunos sectores demócratas y del progresismo liberal a plantearse una corrección de rumbo, asociado a un fuerte sentimiento anticomunista y antipacifista. Éste fue un germen del neoconservadurismo. También entre los republicanos de la administración Nixon surgió en los años setenta un sector más beligerante en policía exterior (el «Grupo B»). Estas corrientes de diverso origen confluyeron a mediados de los años setenta en la creación de un nuevo Comité del Peligro Presente. Muchos de los activistas de este «lobby» se incorporaron en los años ochenta a la administración del presidente Reagan y su lucha contra «el imperio del mal». En 1997 se creó el PNAC como una nueva reencarnación del Comité del Peligro Presente. Luego, los neoconservadores se instalarán en los resortes del poder bajo la administración de George W. Bush.

En todos los casos se mantiene como objetivo una doble consigna: la fuerza (es decir, mantener la superioridad militar estadounidense, para lo cual se requiere siempre incrementar el presupuesto militar) y la voluntad (lanzar al mismo tiempo una ofensiva psicológica y cultural).

El autor del libro hace una mención especial a la persona de Robert Kagan, uno de los principales «cerebros» del PNAC y uno de los más conocidos portavoces de los neoconservadores. Kagan parte siempre de un axioma fundamental: vivimos en un mundo «hobbesiano» (*homo homini lupus*) donde la civilización (EE.UU. y sus aliados) debe imponer su poder militar como un «Leviatán» contra el caos de la barbarie representada por naciones, fuerzas y organizaciones ajenas y hostiles a Occidente. Su cosmovisión es la del «choque de civilizaciones» y su objetivo es que Europa comparta ese papel. Existe una doble polaridad: Europa actúa como una sociedad cosmopolita que en lugar de imponer el poder, está «regida por normas de negociación y cooperación transnacionales» (La «paz perpetua» de Kant), mientras que Estados Unidos, por el contrario, no puede desprenderse de su papel de policía de un mundo llevado por el salvajismo (el Leviatán de Hobbes).

Puede establecerse que el punto de partida de Kant en filosofía política es semejante al de Hobbes y el empirismo liberal inglés. Desde la óptica kantiana, el antagonismo humano se puede considerar como el motor del progreso. Por esa razón la paz es el *fin de la historia*, ya que significa el final del esfuerzo. De ahí la ironía kantiana de presentar la ausencia de guerra como una especie de muerte. Esta polaridad de actividad-lucha versus pasividad-paz es retomada luego por la filosofía de la historia de Hegel.

Según Kagan, existe una tendencia a negar la realidad o minimizar los peligros de ésta por parte de quien está en situación de debilidad (ej.: Europa), así como, en el lado opuesto, se tiende a interpretar la realidad en términos de fuerza por parte de quienes están mejor armados. Kagan utiliza el manejo de verdades, medias verdades y tergiversaciones, en el mejor uso de

las *noble liars* (*mentiras nobles*) de los neoconservadores de origen straussiano, para presionar un cambio de actitud por parte de los dirigentes europeos a favor de la hegemonía estadounidense.

Otro neoconservador straussiano, Paul Wolfowitz, presenta esta polaridad histórica de poder y debilidad para justificar algo más: evitar grandes guerras mediante acciones preventivas, aunque signifique dejar de lado la legalidad internacional.

Para estos dos autores, los EE.UU. han asumido un papel de guerrero necesario para mantener el orden internacional y los valores de la democracia, mientras que Europa puede dedicarse a cuidar las formas, aprovechando que está protegida por otro.

Kagan consagra el principio sofista, retomado por Hobbes, de que el Derecho es el arma de los débiles, y corolario de que el poder de la fuerza está, por tanto, por encima del Derecho. Para Kagan, la polaridad fuerza vs. debilidad es la que genera el uni y el multilateralismo en las relaciones internacionales. Encauzar los problemas a través de instituciones multilaterales como las Naciones Unidas es herramienta del débil. Según esto, la insistencia de Europa en el multilateralismo no obedece a un avance del derecho en el mundo, sino al cálculo utilitario del débil. Se trata de un mundo hobbesiano donde no existen principios sino sólo intereses. Así, la única actitud posible de Europa frente a los Estados Unidos en el «nuevo siglo americano» que comienza sería «adaptarse a la hegemonía».

En el extremo opuesto, el autor nos presenta una voz europea alternativa: la de Ulrich Beck. Según éste, existen dos modelos distintos y rivales de política de seguridad y de orden mundial: el de la «pax americana» y la «cosmópolis global» (basado en la igualdad de Estados).

Por otra parte, en el libro que tratamos se incluyen algunas consideraciones sobre la formulación jurídica internacional de Rawls.

Rawls realiza una clasificación de los Estados, y dice que la regla de oro liberal de la tolerancia no puede aplicarse a los Estados «proscritos» ya que son una amenaza para los Estados liberales y «decentes»; por tanto, deben ser forzados o inducidos a transformarse en Estados Liberales. Esta clasificación entre Estados «decentes» y «delincuentes» y, por tanto, amigos y enemigos, recuerda mucho más a Carl Schmit que al cosmopolitismo Kantiano. Rawls, además de la justificación de la guerra (*ius ad bellum*) en «casos extremos» contra los Estados «criminales», deja abierta también la posibilidad de excepción en la conducción misma de la guerra (*ius in bello*).

A continuación se trata el tema de la definición del amigo y del enemigo y la declaración del «Eje del Mal» por parte de EE.UU., que ha cumplido el objetivo de definir un enemigo estratégico: el terrorismo internacional y los estados «canallas» (*rogue states*) que pueden apoyarle. La definición de los Estados en grados (amigos, posibles aliados, «no estructurados» y Estados «canallas») está en plena consonancia conceptual con la definición schmittiana del amigo-enemigo. En este punto, el autor del libro remite a «Repensar la Paz» de Jesús Ballesteros, en el cual se señala que el fondo existe un paralelismo entre el salfismo yihadista, protagonista del actual terrorismo de origen islamista, y la ideología neoconservadora estadounidense en aspectos tan negativos como la definición maniquea del amigo-enemigo, el desprecio por la legalidad y el carácter justiciero y redentor de su violencia sin límites.

Seguidamente se hace un análisis de la llamada Doctrina Bush y de la guerra preventiva, dos conceptos esenciales para entender la política neoconservadora. La decisión del gobierno neoconservador de los Estados Unidos de hacer

la guerra, de establecer quiénes son amigos y quiénes enemigos, de llevar a cabo guerras «preventivas» en contra de la legalidad internacional y de actuar unilateralmente, se pretende justificar por lo excepcional del momento y por el estado de excepción permanente que significa su auto atribuida «misión» histórica de liderazgo global y la enorme capacidad militar para imponerlo por la fuerza.

PARTE SEGUNDA: RAÍCES DOCTRINALES

En un primer acercamiento a las raíces doctrinales del neoconservadurismo, considera el autor que es importante observar la equivalencia filosófica que Habermas señaló en los años ochenta entre neoconservadores y posmodernos. Según Habermas, puede diferenciarse entre el premodernismo de los antiguos conservadores, el anti modernismo de los jóvenes conservadores y el posmodernismo de los nuevos conservadores. Así, habría una pugna y distancia filosófica entre los paleo y los neo conservadores. En la raíz del conservadurismo tradicional norteamericano está el sentido profundamente religioso y la ética protestante presentes en la historia como un elemento de identidad de los Estados Unidos, mientras que los neoconservadores propugnan que la élite gobernante está por encima de la ley y de la moral.

La doctrina y la práctica neoconservadoras han surgido del desencanto con la modernidad, la cual ha devenido cada vez más incapaz de cumplir las promesas de progreso indefinido, libertad para todos y un orden social basado en la razón y racionalidad humanas.

En este punto, el autor Jaime García nos presenta el análisis realizado por el autor Daniel Bell sobre el neoconservadurismo. Según éste, el desarrollo propio de la sociedad capitalista moderna ha entrado en crisis por los desarrollos contradictorios de sus tres procesos axiales: su estructura tecnoeconómica, cuyo eje es la eficiencia; el orden político, cuyo ideal es la igualdad, y el ámbito de la cultura, regida por una búsqueda cada vez más intensa de autorrealización. Además, también encontramos, en el análisis de Bell, la ruptura entre la modernidad y el hecho religioso.

Habermas analiza este planteamiento de Bell, ubicándolo en la tradición weberiana de la utilidad de la fe calvinista para el ascenso del capitalismo y de la clase burguesa asociada a él. Habermas introduce lo que va a constituir para Bell y los neoconservadores posteriores un aspecto esencial de su pensamiento y de su acción política: la utilidad de la religión como factor de cohesión y autocontrol social. Para Bell, es conveniente cierto retorno post-moderno de la religión.

La diferencia, según Habermas, entre liberales y neoconservadores es que mientras los liberales siguen intentando la ética universal kantiana, basada exclusivamente en la racionalidad humana, los neoconservadores no vacilan en considerar un resurgimiento de lo religioso, pero un resurgimiento a su medida y bajo su control.

Para Habermas, puede equipararse el neoconservadurismo con la posmodernidad, ya que hay una característica que ha sido común al marxismo, el fascismo y el neoconservadurismo: el plano inclinado que va de la crítica radical a la modernidad, al rechazo mismo de la razón.

Frente al desencanto con el pensamiento de la modernidad, que ha derivado en las reacciones irracionistas del «fin de la historia» y del «fin del pen-

samiento», Habermas propone un resurgimiento de la filosofía, en diálogo comunicativo con las ciencias. La asimilación filosófica del neoconservadurismo con el post-estructuralismo y la posmodernidad tiene el trasfondo político de mostrar cómo en este campo los extremos aparentemente más opuestos tienden a fundirse y confundirse. Habermas denunció los precedentes y justificadores teóricos que tenían y tienen en común nazis y comunistas, neoconservadores y posmodernos (entre ellos, Carl Schmitt, Heidegger y, como precedente de ambos, el nihilismo derivado de Nietzsche). Habermas reconoce que existe una crisis en la democracia liberal. Pero su solución no es la abolición del sistema sino su corrección.

A continuación, se realiza en el libro un análisis a la «Guerra Fría Cultural», análisis de importancia ya que, en muchos aspectos, la perspectiva y métodos de la Guerra Fría continúan, transferidos a la denominada «guerra al terrorismo». Visto en perspectiva, la Guerra Fría Cultural es la realización, en los orígenes del neoconservadurismo estadounidense, de la doble característica genética señalada por Kagan con la expresión «Fuerza y Voluntad». La Guerra Fría se libró en varios escenarios: el bélico, el económico y el cultural (aquí especialmente encontraremos actuando a los patriarcas de los neoconservadores).

Aparecen en este punto términos como la *Kulturkampf*, que consistía en una vasta campaña para «apagar el interés» hacia el mundo comunista, promover «una ideología que rivalice con el comunismo» y estimular la visión de EE.UU. como «guardián de la libertad» en el mundo. Su principal objetivo no era tanto la población en general, sino sobre todo la élite cultural, la *intelligentsia*. Un efecto directo de la *Kulturkampf* fue la formación de una nueva amalgama ideológica política, conocida luego como neoconservadurismo. Llama la atención el paso desde la izquierda marxista, particularmente del trostkismo, a la gestación del neoconservadurismo, por parte de los protagonistas principales. Un objetivo primordial en EE.UU. fue ganar a los grupos trostkistas y la izquierda no comunista. Los primeros organizadores del CLC fueron militantes trostkistas.

Varios teóricos habían participado en investigaciones promovidas por el gobierno de EE.UU. sobre las raíces de la conducta fascista, y sacaron como conclusiones que se hacía más fácil controlar masas guiadas por impulsos anárquicos y hedonistas, que armadas con argumentos racionales y propuestas serias de cambio político y social. De esta manera se promovió la irrupción de la contracultura de los años sesenta como campo experimental de control de masas. Es decir, se llegó a promocionar la contracultura de los años sesenta. Pero, al parecer, el auge de ésta se convirtió al final en un efecto no deseado por parte de la Administración, que llega a su culminación en la contracultura de drogas, sexo y rock'n roll y las protestas juveniles de 1968.

En resumen, los orígenes y principales características del neoconservadurismo actual se gestaron en el proceso de la Guerra Fría. Puede incluso trazarse un paralelo entre aquel enfrentamiento estratégico y la actual «guerra al terrorismo» de la era Cheney-Bush.

Podemos encontrar algunos rasgos comunes, como la definición ontológica frente al «enemigo», el «decisionismo» de una élite, por encima del bien y el mal, el uso de la «mentira necesaria» y las operaciones encubiertas de manipulación de masas como instrumento del Estado, o la utilización de la cultura y la religión como herramientas de ingeniería sociopolítica dentro de la estrategia de poder.

Pasando ya a las fuentes de inspiración doctrinal de los neoconservadores, podemos decir que hay dos: una directa, históricamente conocida y públicamente aceptada, es Leo Strauss, maestro de muchos de ellos; la otra, no reconocida, pocas veces mencionada, pero muy evidente en sus políticas, sus argumentaciones jurídicas y su cosmovisión general, es Carl Schmitt, maestro de juventud de Strauss. Principalmente el motivo está en que Schmitt fue el teórico que proporcionó en su momento la justificación jurídica al régimen nazi.

Strauss comparte con Schmitt su profunda aversión al liberalismo; la opción por gobiernos fuertes dirigidos por élites forjadoras de sus propias normas, la fascinación por «el arcano del poder», el hecho del manejo maquiavélico de las masas, el papel sustancial y a la vez subordinado de la cultura y de la religión, la concepción naturalista de Hobbes sobre la hostilidad y maldad esencial del ser humano.

Sus diferencias no provienen tanto de concepciones opuestas o principios contradictorios; obedecen más bien a distintas formas de asumir una mayor coherencia o radicalidad con los axiomas básicos compartidos y, también, a las consecuencias que de ellos se derivaron.

A continuación pasamos en el libro a un análisis más pormenorizado del pensamiento de estos autores.

Según Schmitt, que escribió en el contexto de la crisis de la modernidad política liberal, la supuesta neutralidad del Estado liberal encubre su instrumentalización por parte de otros poderes fácticos no explícitamente políticos—como los poderes económicos—, que utilizan el Estado como empresa burocrática, sin asumir los riesgos de la acción política.

Se proclama el imperio de las normas abstractas para encubrir su manejo por parte de los poderes concretos. Por ello, las apelaciones abstractas al «imperio de las leyes» o los «derechos humanos» esconden nuevas formas de dominación. Strauss coincide con estos planteamientos.

Como crítica se señala que ambos autores aciertan sobre los males del liberalismo o la crítica de la modernidad, pero el problema está en los axiomas desde donde se hacen y en las soluciones a las que se apuntan. En su repetida necesidad de ese «otro sistema» para Schmitt y Strauss puede percibirse, desde la perspectiva actual, la prefiguración de lo que luego intentó ser el fascismo y el nazismo para Schmitt, y lo que, décadas después y sobre nuevas bases, pretende ser el neoconservadurismo para los seguidores de Strauss.

Ambos autores odian la inconsistencia y confusión de ética y política propias del secularismo liberal y buscan ir más allá; no «conservar» o volver al pasado, sino fundar de nuevo lo político sobre una base postliberal, postética y posmoderna.

Coinciden en redescubrir la importancia de la constatación inicial de Hobbes *homo homini lupus*. Schmitt distingue entre el enemigo personal (*enemicus*) y el enemigo colectivo al que se enfrenta la «polis» (*hostis*). La perspectiva ontológica de lo político es, entonces, la de la lucha del hombre contra el hombre, entendido como colectivos sociales; es decir, la de la guerra. Como para los neoconservadores actuales, se hace necesaria la acción de un Leviatán, de un Estado con un poder supremo sobre la vida y la muerte, que imponga el orden en medio del caos.

Strauss realiza una observación crítica a Schmitt: su preeminencia del momento «enemigo» sobre el de «amigo». Sí coinciden ambos autores en la

antropología hobbesiana de que el hombre es malvado por naturaleza y en la desigualdad humana. Habrá razas o colectivos superiores y otros inferiores.

En todo esto hallamos una aplicación actual: la política interna de seguridad y la política exterior belicista parecen tener su fundamento último en la doctrina schmittiana, de donde surge la noción de «guerra permanente». Así, encontramos reflexiones como la de Kristol, según el cual en un mundo globalizado, las doctrinas de «seguridad nacional» deben abrir paso, siguiendo el razonamiento neoconservador, a una especie de «seguridad internacional continua», basada en un «estado de excepción permanente».

Podemos resumir que los aspectos comunes Schmitt-Strauss son los siguientes: la negación o aversión hacia el liberalismo, la concepción naturalista de Hobbes sobre la hostilidad y maldad esencial del ser humano, la definición del enemigo como punto de partida de lo político, el establecimiento del Estado para garantizar el orden interno y la paz externa, el voluntarismo o la decisión del poderoso como fundamento de la legalidad y el hecho del manejo maquiavélico de las masas.

En todos los escritos de Schmitt encontramos una inclinación por el decisionismo. Los maestros de éste fueron Hobbes y Donoso Cortés. Schmitt y Donoso coinciden en la maldad esencial del ser humano, que conlleva un antirreligioso nihilismo. La dualidad dialéctica amigo-enemigo, como esencia de lo político, se trasmuta en superhombre-infrahombre.

Strauss desarrolla este tema distinguiendo entre *hombre-masa* y *superhombre* (el que ejerce el poder). Además, analiza ciertas obras clásicas, como *La República* de Platón, o *La Historia de la Guerra del Peloponeso*, de Tucídides. Según Strauss, el verdadero protagonista de la República es Trasímaco y no Sócrates. El primero defiende que la justicia no es más que el interés del más fuerte y que aquellos que están en el poder hacen las leyes para su beneficio, y a eso le llaman justicia. En cuanto a la segunda obra, Strauss considera que no pretende dar una enseñanza moral de la historia, sino «realista»: las apelaciones a la moral y al derecho son un arma de los débiles; la justicia es lo que impone el más fuerte, etc. Por otra parte, el autor defiende un nuevo gnosticismo, según el cual debería haber verdades para las élites y verdades para el vulgo. Otro punto importante de la filosofía de Strauss es el de las mentiras nobles, la manipulación de masas y los asesinatos como medios para ejercer el poder, punto en el que coincide con su maestro Schmitt.

En cuanto a la religión, Schmitt pretendía identificarse con el cristianismo católico. La identificación de Schmitt con Hobbes es muy importante desde la perspectiva religiosa, debido al fundado rechazo de la Iglesia a la obra hobbesiana. El planteamiento antropológico de Hobbes elabora teóricamente una fundamentación de la igualdad, la sociedad, la guerra y la política, no sólo ajena sino opuesta a la concepción cristiana, ya que se basa en la hostilidad. Sin embargo, Schmitt fue aceptado, no sin cierto reparo, en algunos círculos conservadores europeos antes y después de la guerra.

Strauss presentó desde el principio una ruptura con la religión. Sin embargo, mantiene a lo largo de su obra una continuada ambigüedad en materia de filosofía política y tradición bíblica, que le permitió lograr una gran aceptación entre los círculos conservadores norteamericanos.

En este punto se analizan las obras de Schmitt *Teología Política* y *Forma Política*. En cuanto a la primera, a pesar del título, tiene más de jurídico que de teológico y se refiere básicamente a la proposición y defensa de la relación última entre la *soberanía*, como «poder supremo y originario de mandar» y la *decisión*, como fundamento de lo jurídico. En la segunda obra se

evidencia la imprecisión que suele aparecer en algunos círculos académicos sobre el presunto carácter «católico» del pensamiento de Schmitt.

También se hace una mención a la obra de Strauss *Progreso o Retorno*. En ella el autor manifiesta que hay una dualidad entre Atenas y Jerusalén: Jerusalén representaría el retorno, Atenas el progreso. La modernidad tiene una confianza ilimitada en la capacidad de progreso humano; pero esto es algo que para Strauss se ha vuelto dudoso.

Encontramos en el neoconservadurismo una utilización de la religión como una forma superior de «mentira noble», aunque para Irving Kristol es uno de los fundamentos de los neoconservadores.

Para terminar, se nos presenta en el epílogo una mención a un diálogo mantenido entre Habermas y el entonces cardenal Ratzinger. En él se aborda el tema de la fundamentación moral del Estado liberal, los fracasos de la modernidad y la necesidad de un diálogo intercultural e interreligioso a nivel global a fin de encontrar una base ética y jurídica común para superar el actual conflicto civilizacional. Se refieren a la alternativa Schmittiana y Straussiana, no sólo para descartarla sino para proponer otras alternativas.

Se manifiestan en contra del decisionismo, el elitismo político y la concepción del poder del más fuerte, defienden que no debe haber ni un rechazo ni un uso político de la religión, sino «diálogo post-secular», y proponen un diálogo de culturas que desactive el conflicto civilizacional y religioso.

Anna COLOMER SEGURA
Universitat de València